

No era el Viento

Alejandro Carrillo



Capítulo 1

Era una tarde de verano cuando la puerta se abrió lentamente y él apareció en el umbral con sus maletas, el cielo gris a sus espaldas y una constelación de polvo abriéndole paso. Al contemplarlo otra vez, tuve de golpe la revelación del incesante rodar de los años. Descubrí, con pesar, que aquel rostro terso y anguloso, esa figura altiva y la cabellera castaña que albergaba en mis recuerdos, habían desaparecido para siempre. Ahora tenía una escasa cabellera plomiza, un rostro marchito y una figura encorvada y ruinosa.

Permaneció unos segundos en el umbral; después, dio unos pasos y se detuvo a mitad del vestíbulo, dejó sus maletas en el piso y echó una mirada circular. Su aspecto era grave y reflexivo. Parecía que el deterioro de la casa fuera de una proporción distinta a la que imaginó... ¿Pero qué podías esperar después de años de abandono, de largas temporadas de soledad, penumbras y silencio? Sin embargo, también distinguí en sus ojos una emoción alentadora y nostálgica propia de los reencuentros plácidos, misma que se mantuvo constante mientras deambulaba, reconociendo el pasado, a través de la atmósfera polvorienta y sombría del vestíbulo, la estancia, y las distintas habitaciones.

Entretanto, yo no cesaba de escoltarlo a una prudente distancia, entusiasmada y sorprendida de volverlo a ver después de tanto tiempo de ausencia. Simplemente me resultaba increíble que él estuviera otra vez cerca de mí.

Una vez que recorrió el interior de la casa, cogió sus maletas, subió nuevamente por la escalera de la estancia y entró a la que fuera nuestra recámara. El brillo vespertino se esparcía sutilmente por su interior. Caminó hasta el centro de la habitación, dejó ahí su equipaje y se dirigió a la ventana.

Tras varios intentos, entre resoplidos, logró hacer girar los goznes oxidados de la ventana. Al instante, una brisa corrió por la atmósfera del cuarto, levantando polvo y removiendo sombras estancadas. Después, apoyó las manos en el alfeizar, sacó un poco la cabeza y miró desde lo alto con ojos nostálgicos el jardín marchito que se extendía ante él. Suspiró con una expresión melancólica. Se volvió y deslizó la mirada por las vigas cuarteadas y los ladrillos mohosos del techo, después sobre las paredes desnudas y descoloridas; siguió con el armario empotrado en una de ellas, y por último, en el tocador, con su madera agrietada y su espejo manchado y opaco; la cama, polvorienta y mustia, y la silla apolillada. Pasó sus manos por las ajadas superficies de madera; posteriormente, se sentó en la silla para comprobar su resistencia. Ésta crujió pero se mantuvo estable. Lo mismo hizo sentándose en la cama. Luego abrió y cerró las puertas y los cajones del armario. Durante su inspección al

mobiliario su rostro sostuvo un gesto adusto. Parecía que los muebles le reclamaran con crudeza su abandono y él se esforzara por ignorarlos.

Después de su incursión en la recámara, siguió escudriñando el interior de la casa. En la estancia revisó el estado del sillón, que junto con la mesa de centro eran los únicos muebles. Al igual que con la silla y la cama, se sentó cuidadosamente en él asiento. El cuero marrón y la armazón del sillón crujieron y se estremecieron. Sin embargo, también resistieron su peso, y esta condición pareció agradarle.

En la cocina se encontró con un mobiliario oxidado y descolorido. Después, salió de la casa para deambular por los jardines marchitos. Su mirada brincaba de un objeto a otro, reflejando la curiosidad y expectación que experimentaba a cada paso. Mientras tanto, su presencia no dejaba de sorprenderme y de alimentar mi regocijo con una emoción ingenua y elemental. Era evidente el deterioro de su cuerpo envejecido. Inspiraba decadencia en una medida que también despertaba conmiseración. Sin embargo, me sobrepuse a tales sentimientos, porque estaba dispuesta a impedir que la realidad defectuosa proyectara sus sombras nefastas encima de mi entusiasmo y lo estropeará. Me convencí de que debía aplaudir su regreso, más que lamentarme de la penuria e su aspecto. Éste, finalmente, era una condición resultante que me reveló con severidad que los años habían transcurrido. Si bien el implacable envejecimiento de la casa y de su mobiliario me brindó un punto de referencia para distinguir el paso de las épocas, ahora me daba cuenta de que había sido insuficiente para precisar la real dimensión del abandono y la soledad que padecí desde que partió y hasta su repentino retorno.

Tras su recorrido por los jardines, regreso a la recámara y se dedicó a sacudir las superficies polvorientas de la cama, el tocador, y el interior del armario. Pronto la habitación se cubrió de una bruma pizarra que le enrojeció los ojos y le hizo toser. En cuanto consideró que había desempolvado lo suficiente, saco de su maleta una sábana limpia y la tendió encima del colchón, después llevó sus maletas al pie de la cama y con ademanes pausados pero incesantes, se dedicó a desempacar su equipaje.

Sobre el colchón aparecieron sucesivamente un par de pantalones y otro de calcetines, una camisa de manga larga, una pastilla de jabón, una navaja para rasurar, una billetera de piel parda y cuarteada, un frasco pequeño de vidrio que contenía un líquido ambarino y un pequeño radio portátil. Enseguida, acomodó los enseres y la vestimenta en los cajones superiores del armario. Sus prendas y demás menesteres eran modestos y austeros, propios de alguien que ya no tiene mayores pretensiones que sobrellevar una vida elemental. Además, se notaban desgastados, desteñidos y lustrosos por un uso prolongado y constante. Aun así, no parecían las pertenencias de un indigente, sino las de una persona solitaria con un cargamento de años encima de su espalda y los mejores

días de su vida pulverizados en anécdotas inservibles.

Yo, como hacía demasiado tiempo no ocurría, me sentí súbitamente liberada de oscuras melancolías y de soledades imperecederas. Por fin, después de tanto tiempo, experimentaba un gozo auténtico. Seguía fielmente con asombro y deleite cada uno de sus movimientos. Sus utensilios desfilaban ante mí como reliquias insólitas y preciadas. Tenía la cordura mareada por la fascinación constante y absorbente que me provocaba cualquiera de sus ademanes o movimientos. No importaba que se tratara de un simple gesto; para mí adquiriría una trascendencia significativa.

Capítulo 2

Una vez que hubo desempacado y ordenado sus pertenencias, acercó a la ventana la silla de madera y después se sentó a descansar en ella, bajo la luz vespertina que cubría su cuerpo cansado. Parecía satisfecho de su regreso. Sin embargo, por momentos sus ojos adquirían una expresión lánguida. Daba la impresión de que la añoranza le empañaba el entusiasmo. Su rostro arrugado y demacrado se descomponía en un gesto hosco. Eran intervalos de calma y de tristeza. Yo lo observaba tratando de adivinar el contenido de sus pensamientos. ¿En qué piensas? ¿Piensas en los recuerdos de los buenos días en esta casa, cuando ambos nos creíamos invulnerables por la fuerza del amor mutuo? ¿O quizás piensas en que la casa entera te grita en la cara que fue demasiado el tiempo que duró tu ausencia? ¿Piensas tal vez en la dureza de enfrenar el tiempo perdido?

Había una multitud de ideas embarulladas en mi intención adivinatoria, de las cuales ninguna tenía asegurada su correspondencia con la realidad interna de sus cavilaciones. No obstante, el simple hecho de imaginarme que él pensara en algo relacionado conmigo, era un pretexto para entusiasmarme.

Reposó un buen rato bajo el sol del atardecer. Después se levantó y prosiguió con su tarea de sacudir el polvo, ahora de la estancia y del comedor. Fue una labor ardua, aunque esmerada, misma que realizaba con un ritmo pausado. Para desalojar el aire polvoriento y enrarecido que flotaba por los espacios recién sacudidos, mantuvo abierta la puerta principal, la de la cocina que daba al patio trasero y un par de ventanas que logró entornar pese a las bisagras oxidadas.

A pesar de la limpieza superficial, el escaso mobiliario no perdió nada de su apariencia mustia y desvencijada, pero logró mostrarse, aunque fuera simbólicamente, como un conjunto de objetos que nuevamente recobraban su utilidad natural.

Mientras él realizaba sus tareas de limpieza, el cielo de la tarde se fue oscureciendo. Poco a poco las sombras dentro de la casa se volvieron más espesas y rotundas. A falta de suministro de luz eléctrica, tuvo que prender un par de velas que sacó de una de sus maletas. Yo, acostumbrada desde siempre a deambular por los amplios espacios lóbregos y fúnebres de las habitaciones, ahora contemplaba conmovida su silueta deslizarse entre las sombras tambaleantes. Las velas encendidas que había instalado en sitios estratégicos irradiaban un brillo mortecino. Era conmovedor y a la vez inquietante verle moverse a través de las penumbras silenciosas, en las que su rostro iluminado por las débiles

flamas adquiría una expresión terrosa y una tonalidad sepia que por momentos parecía fantasmagórica.

Capítulo 3

En un momento dado de la noche, finalmente tuvo que ceder al cansancio y a la inconveniencia de laborar entre tinieblas parduscas. Se sentó en el viejo sillón. Sobre la mesa de centro colocó una vela y el radio portátil. Encendió éste y al instante, escuche las notas de "Moonlight Serenade" de Glenn Miller. No pude evitar estremecerme, porque esa melodía me hizo evocar una época luminosa y colorida de mi vida. A él también pareció provocarle una emoción similar. Acto seguido, se reclinó en respaldo del sillón y adoptó una expresión pensativa.

Yo me mantenía a unos pasos de él, envuelta en las penumbras, contemplándolo de frente, gozando de su aire sereno y meditabundo. Sus pensamientos era una incógnita para mí. Hubiera sido grato enterarme de su contenido. Siempre había sido un hombre reflexivo, de análisis e introspecciones. Ahora especialmente intuía que su atención sobre todo estaba volcada hacia atrás, y que en esa sucesión de evocaciones, estaba segura, yo aparecía deslumbrante y entrañable.

Yo sabía que hubo demasiadas historias en las cuales no participe ni estuve involucrada; historias cuyas sombras todavía se proyectaban sobre su corazón y alborotaban sus sentimientos. Sin embargo, la historia que formamos ambos fue distinta, tuvo otra consistencia, otros matices y tonalidades que la hicieron insuperable. Tan solo esta casa era una consecuencia notoria de aquellos días felices en los que hubo ilusiones luminosas y proyectos preciosos. Si esta casa poseía un sentido era porque yo se lo había dado. Aunque se ausento mucho tiempo de ella, abandonándola a un olvido cruel, el que ahora estuviera de vuelta significaba evidentemente que también mi memoria se había impuesto sobre cualquier otra historia pretérita, cercana o distante.

Contemplar su expresión meditabunda recortada entre las sombras nocturnas, me sugería entonces que en su fuero interno había una época plena de vivencias placenteras y entrañables que había cobrado vigencia y en la que, si tuviera la posibilidad de atisbar, me encontraría allí abrigada, como la figura protagónica de la misma. Este convencimiento despertó en mí un entusiasmo que a su vez, me alentó a prenderme de una sintonía cómplice, en la que los recuerdos gratos reverberaban y yo podía verme reflejada en ellos.

Con la memoria abrumada por las añoranzas, tuve un anhelo ocurrente y temerario de tocarlo, de regalarme un simple roce al cual prenderle después un recuerdo generoso y que a su vez me devolviera una emoción perdida. No obstante, contuve mi intención porque sabía que había antecedentes al respecto que me indicaban que era una idea imprudente.

Pero el deseo de acercarme a él un tanto más de lo que hasta ese momento me había permitido, permeaba en mí con una vehemencia ineludible. Era la misma inclinación particular de mi temperamento proclive a la tozudez, la que ahora me empujaba a seguir insistiendo en un acercamiento temerario. Me convencí que, si tomaba el debido cuidado y me aproximaba a él un poco más, experimentaría una emoción trepidante y consoladora que haría de esa noche aún más memorable de lo que ya era.

Me deslicé sigilosamente hasta que la distancia que mediaba entre él y yo era lo suficientemente breve como para percibir con nitidez sus pupilas castañas y los retazos marchitos de su cabello. Como no tuve contratiempos, mi entusiasmo desbordante me incitó a seguir inclinándome hacia él. Ahora estaba a un palmo de sus parpados flácidos y de sus rasgos macilentos. Ante mí, su vejez resaltaba frontalmente en un primer plano en el que no había escondite para la realidad. Su rostro, tan cercano, lucía distinto pero a la vez familiar, sorprendente pero a la vez ordinario. Era una proximidad que yo estaba disfrutando y que por ello, deseaba prolongar hasta la saciedad. Me sentía invadida por una confianza embriagadora.

Capítulo 4

En ese momento se enderezó y ambos nos percibimos simultáneamente. Fue un simple roce efímero, pero suficiente para distraerlo de sus pensamientos. De inmediato me hice hacia atrás y sin dudarlo, rápidamente me deslice hacia las sombras de la habitación contigua en la que alguna vez estuvo el estudio. Desde ahí observe como se sentó en el borde del sillón y escudriñó la estancia. No me pareció asustado pero sí ligeramente desconcertado.

Yo experimenté una vez más ese suave estremecimiento como de electrocución, agradable aunque perturbador, que me hizo recordar episodios similares en los que por haber cedido a la tentación que me brindaba su cercanía, también sentí al tocarlo esa especie de descarga eléctrica.

En cuanto a él, al igual que en aquellos lejanos contactos, su percepción sensorial fue un misterio para mí. Se mantuvo en esa posición unos instantes y después, se levantó del sillón, tomo la vela y echó a andar directamente hacia la habitación en la que yo me encontraba, como si detrás de mi huida hubiera dejado un rastro delator. Transpuso con lentitud el umbral. Bajo la luz pálida de la flama aparecieron las paredes desnudas. Caminó hasta el centro de la habitación, se detuvo allí y miró las sombras temblorosas que lo rodeaban.

Yo lo contemplaba inmóvil y expectante desde una esquina, angustiada por la idea de verme descubierta ante sus ojos escrutadores. No obstante, como era de esperarse, en su inspección volví a pasar desapercibida. La atmósfera solitaria y silenciosa que le rodeaba apagó su curiosidad. Se notaba relajado, incluso somnoliento con sus ojos entornados. Convencido de que no había ninguna anomalía, salió lentamente de la habitación y en vez de sentarse de nuevo en el sillón, cogió el radio portátil sin apagarlo, y tomó camino de la recámara. (Continúa)